

HITLER O LA AMBICION

POR RAFAEL GUIZADO

Físicamente es un tipo medio-pequeño, sin aire noble, con las espaldas caídas. El rostro es insignificante: frente pequeña, órbitas chatas, con una raya de peluquero en el pelo. Los ojos se esconden en las profundidades de las órbitas; la mirada es vaga. La nariz es roja. Es un hombre sin sex-appeal".

Así pinta al Führer un escritor francés. Pero un publicista alemán dice: "Su frente es amplia; su pelo voluntarioso, como su carácter. Tiene ojos profundos, de un mirar fascinador; sus gestos son mesurados y marciales; camina con modestia pero con autoridad. Es una figura verdaderamente atractiva".

En realidad, para quienes lo hemos visto a través de las cintas cinematográficas y en las fotografías de prensa, sólo su pequeño bigote, a lo Chaplin nos lo hace distinguir del común de los mortales. Y cuando habla, el mechón de pelo que corta en la frente, formando una bandera que podría servir de penacho en las luchas intestinas de la joven Alemania.

Inútilmente busca el lector curioso, en toda la obra político-literaria del nazismo un programa definido que justifique los actos gubernamentales del actual dictador germano. Ni en Mein Kampf, ni en los discursos periódicos, ni en los folletos de la propaganda, ni en las revistas del doctor Goebbels, ni en las obras teatrales y literarias de los escritores del partido, se encuentra una base sólida que sirva—más o menos teóricamente—de fundamento para el reino del nazismo, y que sea al mismo tiempo la razón explicativa del poderío de Adolfo Hitler.

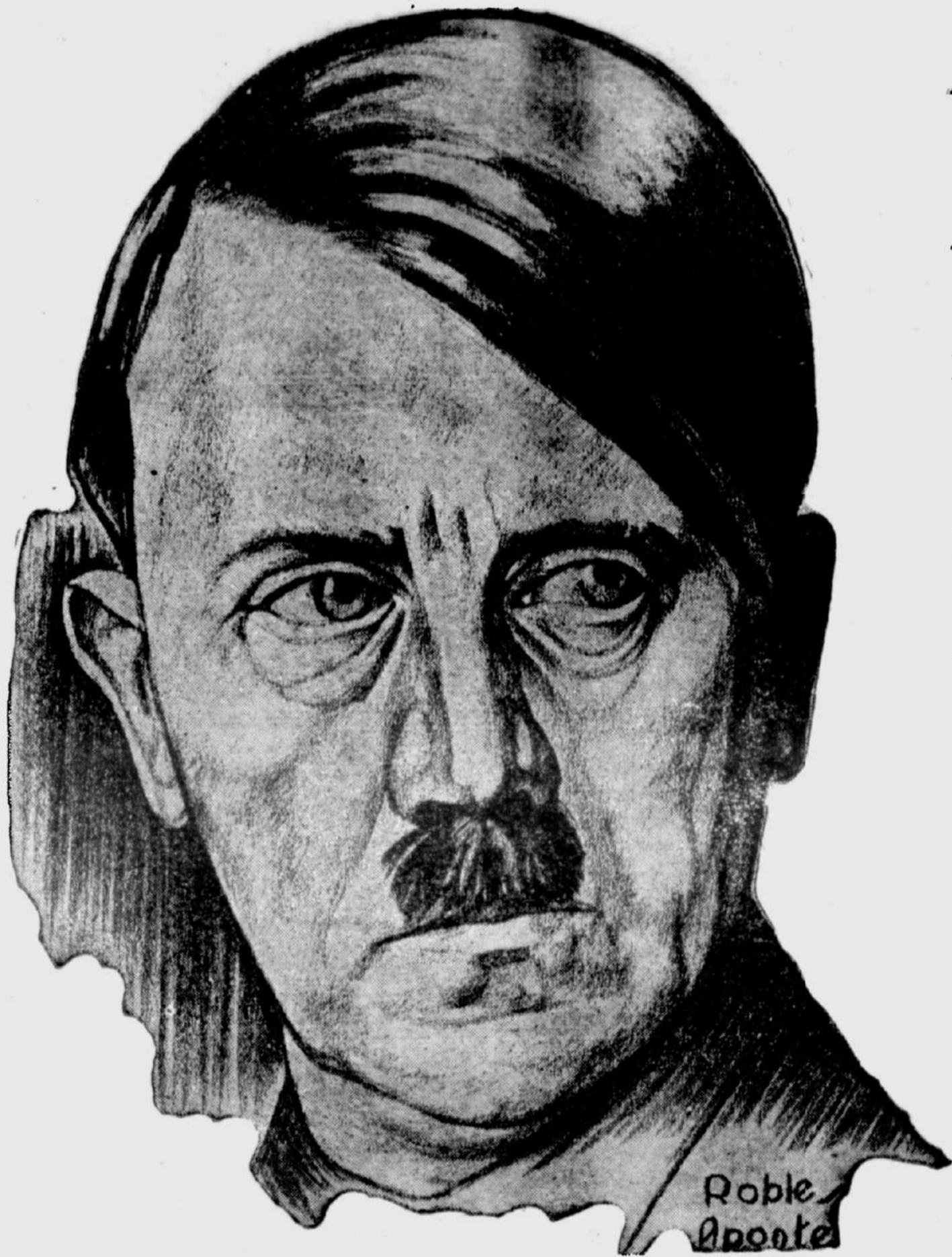
Dispersados en los diferentes sectores políticos, los muchos puntos de las reivindicaciones que el pueblo alemán exige y pide a gritos, los hombres del nazismo se dedicaron a englobarlos en un solo programa que sería su bandera de combate. La política obrera de los comunistas; las reivindicaciones exteriores de los nacionalistas conservadores; el antisemitismo de los viejos prusianos; la megalomanía de los bismarckianos y la francofobia histórica del pueblo fueron los diversos factores que vinieron a componer el programa hitleriano.

No se puede, después de constatar esto, suponer siquiera que al Führer le guió un alto pensamiento de la realización de un ideal alemán que el concibiera después de estudios, de observaciones y de reflexiones, como pretenden hacer creer sus satélites y propagandistas. En cambio, es fácil creer que la ambición desmedida, a cuyo servicio puso la naturaleza brillantes dotes de mando, de poder de convicción, de actividad, de inteligencia, y de arrojo, fue y sigue siendo el móvil que determinó la maravillosa aventura del antiguo pintor de paredes austriaco.

El incipiente nazismo que fundara en Múnich un desconocido, fue el medio que sirvió al futuro canciller para su popularidad. Es decir, que el partido mismo que lo llevara al poder, no es creación suya, sino que es una organización que él aprovechó para realizar sus fines ambiciosos.

A medida que aumenta su prestigio de conductor de masas, a medida que se aumentan y se organizan sus adeptos, Hitler amplía su programa político: primero es sólo un deseo mal expresado de inconformidad por la situación del país vencido; es la exteriorización del descontento popular, resorte seguro para levantar el entusiasmo de las masas. Luego, la pormenorización de las reivindicaciones: anulación del tratado de Versalles, igualdad de armamentos con las otras potencias de primera magnitud, disminución de las deudas de guerra, militarización del país. Y, por sobre todo, la idea mística de la potencia del pueblo alemán, superior a todos y destinado a ser el principal factor de la civilización mundial.

Cuando la influencia nazista penetró en las esferas gubernamentales, por medio de los diputados al Reichstag, el programa había de agradarse. Era la época decisiva se trataba no ya de una preponderancia relativa en el conjunto político del país, sino de obtener la hegemonía total por medio de la mayoría de adeptos. Y entonces, se adoptó el antisemitismo como bandera de combate. Esto sig-



HITLER POR ROBLES APONTE

nificaba, no sólo la continuación del misticismo racial, sino también la anulación sistemática de los partidos de izquierda, la alianza con los poderosos industriales que debían facilitar fondos al partido de Hitler, porque una guerra a los magnates judíos acrecentaba la riqueza de esos industriales eliminando una fuerte competencia.

Y la acción directa se desarrolla por la propaganda intensa, organizada científicamente, por la voz potente, y atrevida y oportuna del Führer, que transmiten a todos los rincones del país los aparatos de radio.

Poseído completamente de su idea ambiciosa convencido de la necesidad de presentarse ante las masas como un superhombre que todo lo puede, que todo lo sabe, Hitler habla con una autoridad impresionante, que cautiva a un

pueblo acostumbrado a la disciplina y a la obediencia ciega a los jefes y conductores. Las promesas salen de su boca en forma de anunciación escueta, para que se graven más fácilmente en el cerebro del oyente entusiasmado:

"El gobierno nacional resolverá el gran problema de la reorganización económica de nuestro pueblo, por medio de dos grandes planes cuatrienales:

Protección eficaz a la clase campesina como medio para mantener la base de la subsistencia material y, con ello, de la vida misma de la nación.

Protección eficaz a los obreros alemanes por medio de una campaña enérgica y general contra el paro forzoso.

Dentro de cuatro años el campesino alemán debe haber sido arrancado a la miseria. Dentro de cuatro años el paro forzoso debe

haber sido definitivamente vencido".

Es ya el jefe del gobierno el que habla. Su preocupación es la conservación del poder, y para ello, ofrece cumplir todas las promesas hechas durante la campaña electoral. Los problemas del estado han sido estudiados en el gabinete. La inteligencia del Führer le hace comprender que, para conservar su prestigio, necesita rodearlo de hombres capacitados para cumplir la misión que él mismo se ha convalidado, pero que su desconocimiento de los asuntos publicados le impide hacer.

Con la práctica de Von Papen, con la disciplina de von Neurath, con la actividad de Goering, con el prestigio de Seldte la acción administrativa queda asegurada.

El, el conductor, el jefe, continuará alimentando la atmósfera admirativa de las masas con sus discursos eloquentes, con sus ges-

tos de altivez internacional, con su vigilancia sobre las organizaciones que forman la fuerza de su partido.

Esto mismo indica su inactividad en lo relacionado con la gestión de la cosa pública, que uno de sus asalariados publicistas trata de justificar en esta forma peregrina: "El Führer detesta los problemas concretos, las experiencias realizables los actos medibles, porque su espíritu trabaja en el vacío de las abstracciones místicas".

Pero la capacidad de dominación auto-prestigio son dos cualidades que el canciller fascista posee en grado máximo. Se adapta a las circunstancias del momento, aun a costa del sacrificio de ciertos puntos de su doctrina, logrando así apaciguar una exaltación pasajera de las masas a las cuales convence de su cuidadoso esmero en satisfacer las exigencias del pueblo.

Así, la política absolutamente izquierdista que se sigue en el seno del Frente de Trabajo es una concesión al pueblo, pero hábilmente disfrazada con la disciplina exterior del nazismo, para conservar la unidad ideológica del partido.

El aprendizaje del difícil arte de la dictadura, demuestra el temperamento magnífico del alma del Führer. Ni su vida de pintor ignorante, ni su exigua carrera de soldado, ni sus primeros tiempos de escribiente del partido nacional-socialista, le permitían tener los conocimientos, las facultades, la práctica necesarias para seducir las multitudes e imponer respeto a los hombres de valor intelectual.

Pero en cambio, su comprensión maravillosa del alma alemana, del raro complejo disciplinario y fetichista que ahoga el raciocinio de un pueblo de filósofos, sacrificando la lógica a la obediencia, la libertad al respeto, la personalidad al conjunto, le permitían encontrar las armas con que sabría seducir a las multitudes y vencer a los dirigentes de escasas ambiciones o de poco vuelo.

En sus primeros discursos, ante un público escaso, sólo obtuvo recepciones frías, a pesar de poner en sus palabras todo el fuego de su ambición; pero desconocía el reorte secreto que hace exaltar al pueblo alemán. Luego, la experiencia le aclaró ese misterio, y supo aprovechar los conocimientos recientemente adquiridos graduando la facultad de convencer, de acuerdo con la necesidad, para no vulgarizar sus métodos.

"Los discursos del Führer—dice un publicista—duran siempre tres cuartos de hora; el entusiasmo de la multitud, durante el primer período de la peroración, es casi nulo, pero cuando Hitler alza el tono, habla fuerte y demuestra que está enfurecido, entonces empieza el delirio de la multitud. En esos momentos, el Führer parece otro, se transfigura: su cuello se hincha, la voz se hace profunda y grave, gesticula con los puños cerrados; el mechón de pelo, cae completamente sobre la frente, y todo el público que lo escucha siente estremecimiento sagrado... cuando Hitler ve que el pueblo está en éxtasis, abandona el tono enfurecido, y sigue hablando tranquilamente, en forma de guasa, casi siempre".

Se abre un interrogante de interés para el mundo entero, y en particular para la Europa inquieta por el empeño del resurgimiento alemán: ¿Puede durar el régimen hitleriano? Los ataques vienen de todos lados. Aún dentro del territorio de Reich, la oposición se organiza y amenaza—como en estos momentos—con golpes de cuartel. Los judíos se unen para luchar contra el enemigo común; y puede decirse que aún los países que miran con cierta simpatía a Alemania, ya sea porque su resurgimiento hace disminuir la hegemonía francesa, ya porque los métodos de Hitler tienen conexiones con los del gobierno que con él simpatizan, verían con cierta disimulada satisfacción la caída del dictador de camisa de kaki.

Pero él no cree en esa decadencia. Su fuerza reside, entre otras cosas, en la confianza que de sí mismo tiene; por su voluntad, exclusivamente, se ha constituido en dueño de la nación, y no hay razón para que ese poder de resistencia y de voluntad lo abandone en momentos en que empieza la realización del ideal de su vida.

